



# Serie Probados y Transformados

## - La Mujer Samaritana -

( Juan 4:1-20)

Febrero 24, 2021 / Maestro Pastor Garza

Jesús<sup>[a]</sup> se enteró de que los fariseos sabían que él estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan **2** (aunque en realidad no era Jesús quien bautizaba, sino sus discípulos). **3** Por eso se fue de Judea y volvió otra vez a Galilea. **4** Cómo tenía que pasar por Samaria, llegó a un pueblo samaritano llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob le había dado a su hijo José. **6** Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía.<sup>[b]</sup> **7-8** Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. En eso llegó a sacar agua una mujer de Samaria, y Jesús le dijo: —Dame un poco de agua. **9** Pero, como los judíos no usan nada en común<sup>[c]</sup> con los samaritanos, la mujer le respondió: —¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana? **10** —Si supieras lo que Dios puede dar, y conocieras al que te está pidiendo agua —contestó Jesús—, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua que da vida. **11** —Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua, y el pozo es muy hondo; ¿de dónde, pues, vas a sacar esa agua que da vida? **12** ¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado? **13** —Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed —respondió Jesús—, **14** pero el que beba del agua que yo le daré no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna. **15** — Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla. **16** —Ve a llamar a tu esposo, y vuelve acá —le dijo Jesús. **17** —No tengo esposo — respondió la mujer. —Bien has dicho que no tienes esposo. **18** Es cierto que has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu esposo. En esto has dicho la verdad. **19** —Señor, me doy cuenta de que tú eres profeta. **20** Nuestros antepasados adoraron en este monte, pero ustedes los judíos dicen que el lugar donde debemos adorar está en Jerusalén.

~~~~~



## INTRODUCCION:

- La historia de un encuentro inolvidable.

Un grupo de hombres transita por un polvoriento camino. Hacen un alto fuera de la ciudad de Sicar. Ya es cerca del mediodía. Todos tienen ganas de comer pero los alimentos ya se acabaron.

— ¡Vamos al pueblo!

— dice uno de ellos

— ¡Yo también voy!

— se suma otro, y uno a uno salen en grupo, menos uno: es Jesucristo. El Mesías, como también algunos lo reconocieron, se acerca a un pozo. Ahora ya es como la una de la tarde de un día de verano y el sol está tan fuerte que parece que va a derretir las rocas de ese paisaje monótono y árido.

El “Nazareno” está cansado no solamente por haber caminado un largo trecho y no haber comido mucho sino también por haber pasado, como era su costumbre, buena parte de la noche orando a Dios. Se sienta allí al lado del manantial que los locales conocen como el pozo de Jacob. Al rato aparece una mujer avanzando lentamente con un cántaro. En el pueblo todos la conocían, pero no por su virtud. Al parecer esta mujer “batía el récord”. Se murmuraba que a lo menos había tenido dos maridos. Cuando llegó al pueblo procedente de una aldea lejana que nadie conocía dijo que había estado casada una vez y su marido la abandonó y se fue con otra. Todos creyeron la historia. Al tiempo se volvió a casar y todo parecía que iba a marchar bien hasta que el marido pidió el divorcio. Lo que se ignoraba en la villa, es que antes de llegar allí, ya había tenido cuatro maridos. Ahora todo el pueblo simplemente sabía que vivía con un hombre. Jesucristo luego del tradicional “shalom” le dice: “dame de beber”. Ella observa al hombre que le ha hablado. Por el acento se da cuenta de que es judío, quizás galileo, pero no samaritano. Viste sencillo, pero limpio. Ella podía haber dicho “no” a secas, y la conversación quizás nunca se hubiera entablado, pero responde:

— ¿Cómo tú siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? A punto estuvo de agregar “¡con mucha honra!”. El Señor Jesús contesta:

— Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber... Es como si dijera: tú me estás evaluando por mi dialecto y mis ropas como la mayoría de las personas lo hacen. Pero soy muy distinto a los otros hombres que caminan por los senderos de Samaria. Continúa:

— ... tú le pedirías y él te daría agua viva.

La mujer no entiende exactamente lo que le está diciendo. Es que en cierto sentido, los



dos están hablando de cosas distintas. Ella ve delante un típico judío vestido con las ropas tradicionales y por lo tanto piensa que es un hombre común. Pero el Cristo podría haberle contestado algo así:

— Mis vestidos no son reales, porque yo soy un rey; mis ropas tienen el polvo del desierto, pero soy más puro que el agua que surge de las más altas montañas; es verdad que estoy cansado y tengo sed pero sin embargo soy el que puede decir con autoridad “Venid a mí todos los trabajados y cansados y yo os haré descansar” (Mt 11:28). Pero Jesús guarda silencio y luego de una pausa agrega:

— Cualquiera que bebiere de esta agua volverá a tener sed.

Este argumento es incontrovertible. El hecho de que la mujer estaba allí lo demostraba. La gente en su casa tomaba el agua y después tenían más sed.

— Mas el que bebiere del agua que yo le daré

— prosigue — no tendrá sed jamás. Sin duda la mujer está sorprendida.

Aquí hay alguien que dice que hay un agua que calma la sed para siempre. Los ojos de la samaritana se abren como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar, pero él explica:

— “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. Ella no puede creer lo que escucha, pero ese judío habla con tanta seguridad que la impresiona. Mira a su rostro y sus ojos son los de un hombre piadoso y sincero. La samaritana piensa: No sé lo que significa esto de que salte para vida eterna ¡pero qué lindo suena! Después de todo, nada se pierde con preguntar.

A la mujer le interesa esa oferta de algo tan práctico aquí y ahora:

— Señor, dame de esa agua, para que yo no tenga sed, ni venga aquí a sacarla.

La samaritana razona rápidamente que hay dos posibilidades. Este hombre me va a dar un recipiente pequeño que tiene entre sus ropas, o me va a decir “lo siento, no tengo el agua conmigo”. De ser así me está contando un cuento.

La respuesta de Jesucristo le cae como si le hubieran tirado un balde de agua fría sobre su cabeza. Es algo completamente inesperado. La tomó por sorpresa.

— Ve, llama a tu marido y ven acá. El desconocido le está pidiendo que haga tres cosas. Primero: vuelve a tu casa; segundo: llama tu marido; y tercero: vuelve aquí. Ir y volver por ese camino a esa hora después del mediodía, con ese sol que quema los huesos no era nada atrayente. Caminar casi dos kilómetros durante lo más caluroso del día no era fácil. Ella, que es rápida en su razonamiento, sabe que tiene dos opciones. Una es ir y traer al hombre que vive en su casa. Pero ¿qué podía hacer ella si el supuesto marido se rehusaba? Así que lo más fácil fue decidirse por la otra opción:



— No tengo marido. En cuanto ella pronuncia estas palabras se dice a sí misma: ¡De esta me salvé; seguro que se “tragó” mi explicación! El extranjero responde:

— Bien has dicho “no tengo marido”. La mujer, por una fracción de segundo, se sonríe interiormente. Pero Jesús continúa:

— ... Porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido.

La samaritana queda petrificada. Sus ojos se abren y parece que van a salirse de las órbitas y empieza a temblar como cuando se pulsa una cuerda floja de guitarra.

Un sudor frío cubre su frente, su corazón late fuerte y acelerado. En este momento ella tiene varias alternativas. Una es decir: Sí, pero usted sabe cómo son las cosas. El que ahora tengo todavía no se ha casado conmigo porque tiene que arreglar los papeles del matrimonio anterior, pero en eso andamos. En vez de ir por ese camino, opta por la otra alternativa, muy interesante, aunque no inesperada para su interlocutor. Esta mujer, que vive en medio de una sociedad pecaminosa, sin embargo le gusta discutir temas teológicos. Así que le responde:

— Señor, me parece que tú eres profeta. Esto es lo que ella supone, dado que probablemente nunca había conocido a un profeta. Con habilidad y rapidez sigue hablando. En fracción de segundos decide cambiar de tema. Quizás tenga miedo de que el extranjero le siga diciendo otras cosas de su vida que ella prefiere no recordar. Si le pudo mencionar eso de los cinco más uno, ¡vaya a saber cuántas cosas más pueda citar! Su activo cerebro le da la solución. Elige uno de los temas que no le ataña a ella directamente.

— Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. La respuesta de Jesucristo es inesperada y sorprendente:

— Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraráis al Padre. Ella pretendía que Jesús se pusiese de un lado de la discusión. Estaba pronta para defender su posición, pero el extranjero la desubicó: ni en este monte ni siquiera en Jerusalén. La señora ha quedado pasmada. Ella está dispuesta a discutir y argumentar que el monte de Gerizim es mejor que Jerusalén. Ella tenía todos sus argumentos prontos, pero Jesús ha puesto punto final a esa discusión. No es un asunto geográfico. Y de inmediato Él agrega:

— Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. La samaritana escucha esta frase y quizás piensa dentro de sí: Este es uno de esos fanáticos que creen que lo de ellos es lo mejor.

Las palabras que siguen le demuestran que ese no es el caso. El extranjero ahora prosigue:

— Más la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Ella interrumpe y dice:



— Sé que ha de venir el Mesías llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Con toda tranquilidad, y como si midiera cada palabra, el Nazareno responde:

— Yo soy, el que habla contigo. La mujer está tan “electrizada” que vuelve a la ciudad. Ha dejado el cántaro. Llega al pueblo y empieza gritar. Las personas salen de las casas pensando que ha pasado algo. Ella repite como un antiguo disco rayado: Vean un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo? En su pensamiento no tenía duda alguna, pero con humildad plantea la posibilidad que para ella era una palpable realidad. La mujer va de casa en casa diciendo ¡me ha dicho todo cuanto he hecho!

Aquí el Señor Jesús ha demostrado su omnisciencia como Eterno Hijo de Dios que es. Los que se animaron a salir corriendo y ver ellos mismos y escuchar las palabras del Mesías ahora dicen:

— Ya no creemos solamente por tus dichos, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo. Quizás alguno pudo haber dicho:

— A esta vecina le dije cuántos maridos había tenido; yo no me animo a que diga delante de todos qué clase de pecados he cometido.

- Enseñanza para aprender:

De la misma manera que esta mujer al principio no reconoció al Mesías, algunos miembros de iglesias “fundamentalistas” no confiesan la divinidad de Jesucristo. Esta es parte de la tragedia de nuestros días. Se conoce al Señor Jesús solamente en forma muy parcial y limitada. Los movimientos filosóficos revolucionarios de los últimos tres siglos, han tratado de quitarle al Salvador la mayoría de sus atributos que le corresponde por su divinidad (Col 1:16-17).

Se lo admira como maestro, como filósofo, pero no como lo que él realmente es: el unigénito y eterno Hijo de Dios. Parecería que a los discípulos no se les ocurrió que no es prudente en un grupo grande dejar a uno de los miembros solo en un ambiente desconocido. Pero lo que los hombres a veces hacen “sin pensarlo mucho”, Dios lo puede utilizar para su propósito.

La mujer nunca se hubiera animado a hablar sola con un grupo de trece hombres y menos siendo todos judíos. El evangelista abrevia los detalles de la conversación al máximo como lo hacíamos nosotros en los tiempos de los telegramas en que se cobraba por cada letra del texto enviado. Pero lo que el Nazareno le ofreció era real y maravilloso. El conocimiento de la persona de Cristo hace que cambie



nuestra actitud en 180 grados. Es así como nos damos cuenta de que Él realmente no pide sino que regala.

Ella ve un judío sediento pidiendo agua. Cristo vio a una persona que, aunque no lo sabía, necesitaba el agua espiritual. La samaritana le dice al Mesías: “No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo”. Todos nosotros tenemos la tendencia a enfocarnos en el obstáculo. La dificultad siempre va seguida de frases muy típicas. Algunas de ellas son: “no tengo”, “me falta”, “no se puede”, “no es el tiempo”, “si pudiera pero”. Jesús le dice a la mujer: “Él te daría agua viva”. Pink nos dice: “Aquí el agua del pozo de Jacob simboliza el orden antiguo entendido para los samaritanos y los judíos, en contraste con el nuevo orden que es el don del Espíritu Santo”.

El Señor Jesús ha clasificado a los adoradores en dos grupos: los verdaderos y los falsos. Los verdaderos adoradores no siguen una cantidad de reglas, ritos, movimientos, vestiduras especiales. Los genuinos adoran al Padre en espíritu y en verdad. El énfasis no es en lo externo sino en lo interno. Lo importante no está en la liturgia sino en lo que es verdadero. La frase del maestro es profunda. La mujer nunca había escuchado que el Padre está buscando adoradores,

F.F. Bruce escribe: “Dios mismo es puro Espíritu, y la adoración en la cual se deleita, por lo tanto, es la adoración espiritual, el sacrificio de un espíritu de adoración que es humilde, contrito y agradecido”.

El Mesías no fue a esa ciudad en busca del hombre o mujer más pudiente económicamente, ni buscó entre los que tenían fama de ser muy religiosos. Fue un encuentro que algunos llamarían casualidad pero sabemos que estaba en el perfecto plan de Dios. ¿Quién hubiera elegido a esta mujer con un pasado dudoso para propagar el mensaje del Mesías en Sicar?

Cuando ella desvía la conversación tratando de discutir cuál fuese el centro correcto de la adoración, la mayoría de los predicadores la hubieran interrumpido para decirle: Señora, usted es una pecadora y debe arrepentirse de esa vida inmoral, antes de ponerse a discutir sobre temas teológicos. Pero Jesucristo no hace eso, porque no es todavía el momento oportuno para hacerlo, sino que prosigue la conversación. El Redentor en su sabiduría y gracia le deja “irse por las ramas “ para alcanzarla en el momento adecuado.

Esta historia termina con una nota de triunfo como pocas en los Evangelios: “Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo”.

